

por  
Evangelina Guerrero  
Zacarías



# Caravanas

Desde el alto promontorio que dominaba la explanada tendida a sus pies, los dos amantes contemplaban, con el corazón en los ojos, la casita reluciente y nueva a la que hacían la guardia dos robustos mangles que se alzaban altivamente en el dintel.

Más allá el mar se inmergía en la febril sutileza de los cien matices de un crepúsculo de claridades evanescentes.

Carmela se hallaba sumida en la beatitud de aquel silencio preñado de ensueños de novia donde la mente interpelaba locamente ingenuas preocupaciones de esposa.

Manuel apretó suavemente el talle inquieto que su brazo enlazaba y señalando con la mirada el valle donde ya empezaban a arder algunas hogueras, dijo:

—¡Es el amor!...

—¡Es el hogar!...—murmuró ella tremante de dicha.

Sobre el mar surgió la primera estrella de la tarde. Allá lejos, a la media luz del crepúsculo, la saya rosada de Carmela parecía un girón de alegría sintetizada.

\* \* \*

Muchos años pasaron y ya la casita había perdido el brillo de sus cañas; un tinte obscuro fué tiñendo las nipas de su tejado. Los campos aurillean cubiertos del grano preciado.

Carmela, a quien la maternidad había robustecido, presentaba el tipo de la campesina sana y guapa; sus ojos habían cobrado la serenidad de las campiñas y sus brazos morenos y prietos honraban al trabajo sin vacilaciones. Seis criaturas correteaban sin descanso en torno al hogar durante el día y ella, terminado el trajin diario, invariablemente, a la puesta del sol, se apoyaba en el quicio de la puerta y esperaba el retorno del compañero.

Estas almas buenas y sencillas no conocían el hastío y jamás desearon un cambio de costumbres ni siquiera una pequeña transición que les revelase la novedad de una emoción indescifrada. El amor y el trabajo compendiaban la dicha de su vida apacible y humilde como las aguas de un remanso escondido.

\* \* \*

La labor y la economía de largos años les concedió el orgullo de saber que sus hijos estudiaban en colegios y universidades de Manila y los dos esposos, en sus horas de descanso, recordaban a los ausentes y la satisfacción no les cabía en el alma al pensar en lo mucho que sabían "aqueellos niños" y en lo que llegarían a ser—lo que no ellos, pobres ignorantes apegados al trabajo manual.

Cuando se acercaban las vacaciones, durante la Navidad o la Cuaresma, se reunían los hijos en la vieja casita y la madre se esforzaba en hacer primores en la cocina y los dulces y las acharas se confeccionaban con delicadeza suma.

Mas como dicen que "no todo es de color rosado en este mundo", también a Carmela le llegó el turno de contemplar la parte negra de la vida y así fué al morir Manuel, el compañero fuerte y abnegado. Y esto cambió por completo las cosas. Pasado un tiempo—el del dolor que aniquiló al hombre—la muerte del padre pareció ser la señal de una desbandada general. Los hijos demostraron más voluntad propia y los consejos de la madre no tenían ya el mismo poder persuasivo de antaño. Las chicas, que anteriormente no se atrevían a hacerlo ante los ojos del padre, se pintaban el rostro sin temor y sus movimientos eran más resueltos, tenían cierto aire de rebeldía incontentida.

La madre, sumida en su aflicción, no se daba perfecta cuenta del estado de las cosas hasta que en cierta ocasión, en un momento en que su mente se hallaba más despejada, vió claro.

Fué un día cuando todos, terminado el curso escolar, se hallaban reunidos en la pequeña sala de la casita que unas manos femeninas habían engalanado a tontas y a locas: cortinas vaporosas, cuadros de un colorido ridículo, fotografías de estrellas del cinema, flores artificiales, etc., tantas cosas que parecían reirse con sarcasmo de la estancia.

—¡Ay, hijos, si vuestro padre viviese y viese toda esta balumba de objetos con que habeis llenado la casa!—objetó la madre a quien aquello le parecía una profanación. Le dolía mucho el cambio rápido de aquel hogar que él y ella habían soñado siempre tan sencillo y modesto como sus vidas.

—¡Bah! Madre, por Dios. Tú serás siempre anticuada, pero nosotras no. Causa grima el vi-

vir en una casa desnuda que parece la celda de un monasterio. En Manila, ¡ay, si tu vieras lo que hemos visto! Pero como nunca estuviste allá... ¡Claro!—replicó una de ellas con el dejo de superioridad despreciativa.

—No, no es porque mamá sea anticuada que no pueda acostumbrarse a esto. Es que mamáita no comprende lo que es el Arte. Como ella no ha leído mucho ni ha estudiado tampoco... ¡No es verdad, mamá mía!—repuso uno de los hijos cruelmente indiscreto, sin pensarlo, y acercándose a su madre con una caricia.

Carmela sintió la intensa punzada de aquellas palabras dichas sin mala intención. Y, así por el estilo, a menudo se repitían escenas parecidas donde los hijos hacían alarde de sus conocimientos y la madre sufría en silencio mientras zumbaba constantemente en sus oídos la frase "¡No comprendes! ¡No comprendes!..."

Y el día mas aciago fué aquel en que sola ya en el hogar, pues los chicos se habían marchado a reanudar los estudios en Manila, sintió la vacuidad enorme de su alma. En el silencio ingrato de aquella muerta soledad, lloró desconsoladamente la falta del esposo, la ausencia de los hijos, de aquellos que a pesar de herirla con su saber amaba locamente.

Y cierta tarde en que, como de costumbre, apoyada en el quicio de la puerta parecía esperar la llegada del aquel cuyos pies ya no volverían jamás a hollar el camino conocido, vió dibujarse en la lejanía la silueta de un hombre que se iba acercando. Su corazón palpité locamente. Creyó por un instante, y con un extraño deseo de que así fuese, que era él que volvía compadecido de su soledad. Cerró los ojos y se apretó el pecho con ambas manos.

—Buenas tardes, Carmela. Aquí tiene esto.—dijo una voz de hombre extendiendo al mismo tiempo una carta.

Ella se estremeció y abriendo los ojos reconoció al cartero del pueblo. ¡Una carta para ella!...

**ROSM-CHANCO**

diseños para  
• Anuncios •  
• Ilustraciones •  
• dibujos comerciales •

TEL 56196 **Room 518**  
**HEACOCK Bldg**  
E.S. COLTA

Perdida en sus íntimos pensamientos tenía la carta olvidada entre las manos. Poco a poco sus ojos volvieron a contemplar el sobre de color gris perla y a duras penas contuvo un sobresalto—carta de su Lina, la menor de sus niñas. ¿Estaría enferma? ¡Oh, Dios de bondad!...

Sus manos trémulos desgarraron el sobre y sus ojos descifraron lentamente su contenido. Las piernas le flaquearon y dejándose caer sobre el peldaño de piedra de la escalera, abatió la cabeza como un pájaro enfermo. "No comprendes... No comprendes" las mismas palabras danzaban infernalmente en sus oídos, en su cerebro, en su corazón.

"----- y cuando recibas esto nos hallaremos en Baguio y después nos iremos al Japón y de allá, quizás, a otros sitios más. Alégrate, madrecita mía, porque soy feliz. Si no te lo participé con antelación ha sido porque te-



mía que no comprendieses; que no llegaras a comprender unos amores rápidos y una boda más rápida aún. Pero no te preocupes que ya le conocerás a mi Johnny cuando vayamos por allí. Además de guapo, él es rico y muy bueno.

Adios y cuídate mucho. Miles de besos.

Te adora tu,

LINA

\* \* \*

De cara al mar, desde la cima del promontorio, Carmela dejaba correr la amargura de su corazón en un llanto lento y quemante. La bri-

sa vespertina agitaba entre sus dedos el pliego blanquecino de la malhadada carta.

"¡No comprendes!... ¡No comprendes!..." era la tortura ante la cual su ser se rebelaba con un grito de pasión. "¡No comprendes!..." Si, quizás, había mucha verdad en ello: ella no comprendía. Ella, triste campesina, había sido siempre para sus padres y su esposo un ser sumiso; humilde en sus esfuerzos de alzarse hasta sus deseos, fuerte y severa en su resignación.

"¡No comprendes!"—y toda ella se retorció de dolor al penetrar en la amarga verdad de

aquellas palabras. Ella no era más que un miembro disgregado, extraviado, de una caravana que hacía un siglo había pasado de largo dejando sólo tras sí la leve estela de un polvillo áureo que más tarde otras caravanas, siempre nuevas, habían ido borrando poquito a poco.

Como las sombras que envolvían sus pensamientos, la noche fué desdibujando lentamente el perfil de mujer que se destacaba en la cima del promontorio. En el último, fugaz destello de luz su falda negra ondeó en lo alto como el viejo estandarte de un imperio destrozado, largo tiempo muerto.

Ermita, Octubre de 1931.